

EL MIRADOR ARGENTINO

Realidad. Revista de Ideas, edición facsimilar, 6 vols., prólogo de Luis García Montero, Sevilla, Renacimiento, 2007.

Pese a todo lo que se ha hecho hasta ahora, mucho y bien, a los esfuerzos individuales y a los articulados en grupos de investigación, el exilio español de 1939 sigue ofreciéndonos como una prolongada cuenta pendiente. De los exilios de la guerra civil, pues fueron varios y de diversa índole, el del final de la guerra es, sin duda, el más estudiado y mejor conocido, aunque, en verdad, a poco que se repase su bibliografía crítica se pone en evidencia un fuerte desequilibrio en la atención recibida en función de su desigual distribución geográfica. A México corresponde un primado de atención y estudio que es coherente tanto con el volumen de exilio recibido como con la producción cultural generada en su entramado. Era justo empezar por ahí, pues a lo meramente cuantitativo del asunto había que sumar una suerte de pago emotivo en forma de reconocimiento intelectual –a veces teñido de cierto complejo de culpa– ante la generosidad institucional con la que el gobierno de Lázaro Cárdenas recibió a quienes, además de perder una guerra, habían perdido también una patria. Nada de esto, sin embargo, puede servir de pretexto para desatender –o no atender adecuadamente– «otros exilios», sin duda menores en número y volumen, pero acaso no inferiores en cuanto a calidad y alcance de su despliegue cultural. Tampoco puede servir para elevar el exilio mexicano a modelo explicativo de la realidad que fue –y es– el exilio de la guerra civil, aunque la tentación haya cundido y la investigación se encuentre hoy, por ello, en la necesidad de deshacer entuertos consolidados como lugares comunes, por un lado, y, por otro, de seguir abriendo caminos para llegar sin prejuicios a todos y cada uno de los rincones de aquella vasta y prolongada experiencia de exilio.

El exilio, en propiedad, debe entenderse como una experiencia múltiple variamente desarrollada en un espacio intelectual heterogéneo. En él convergen, y lo hacen con carácter sustantivo, al menos dos horizontes culturales distintos, el de quienes llegan, con su consiguiente desarraigo, y el de la cultura nacional que los acoge, nunca sin recelo, a veces en conflicto, a veces en equilibrio precario, a veces en armónica construcción de soluciones que buscan dar cuenta de la nueva realidad creada. La geografía no puede ser, pues, prescindible. Tampoco, claro está, factor diferencial determinante. Atender a ella no significa romper la unidad del exilio, sino, más bien, un intento de corresponder a su riqueza experiencial sin menoscabo.

Argentina, desde luego, no fue un rincón menor del exilio español de la guerra civil, sino un foco importante de acogida en cuya confluencia se gestó una acción cultural de enorme valor y relieve. No fue un destino casual, pues conviene recordar que las relaciones culturales entre España y Argentina fueron un acontecimiento creciente y muy significativo a lo largo de todo el primer tercio del siglo XX (téngase presente, además, que la colaboración en la prensa argentina constituyó el principal medio de sustento para buena parte de los exiliados de 1936 mientras duraron la guerra civil española y la segunda guerra mundial). Tampoco hay que olvidar que las editoriales argentinas fueron decisivas a la hora de publicar –y difundir– la obra de muchos exiliados españoles, fueran o no residentes en el país austral, incluso de los del «exilio interior», y que fueron, además, a pesar de las prohibiciones, el cauce de penetración más favorable de la obra de los exiliados en la España franquista. A todo ello, ya de por sí suficiente para hacer de Argentina un lugar principal del exilio español, habría que añadir aún la contribución más relevante, la nota distintiva que la hace ser protagonista

indudable de cualquier capítulo que quiera escribirse sobre el exilio español del 39, el elemento que le otorga una preeminencia insoslayable y hace que, en ese capítulo, no puede ser colocada detrás de nada, sino en la cima, aunque sea cima compartida con experiencias semejantes: se trata de la revista, de corta vida y largo alcance, *Realidad*, publicada en Buenos Aires con periodicidad bimestral desde enero de 1947 a diciembre de 1949.

Dirigida, aunque sólo nominalmente, por el filósofo Francisco Romero, y animada y coordinada de manera ejemplar por sus secretarios de redacción, Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga, la revista, en sus tres años de intensa vida intelectual, logró hablar con voz propia en el gran debate de los años que siguieron a la segunda guerra mundial. *Realidad. Revista de Ideas* no puede ser simplemente considerada como una más de entre las muchas revistas que, con mayor o menor fortuna, nacieron al amparo del exilio español, sino una de las pocas en las que el exilio se configura como espacio intelectual desde el que acometer la empresa de pensar el mundo en crisis en aquel tiempo de ruinas. En ello residió precisamente la fuerza y la credibilidad de su ideario, y, sobre todo, su compromiso –moral y civil– con una verdad que por doquier parecía querer sepultarse y a la que se hacían constantes oídos sordos. La revista, en efecto, se presentaba perfectamente situada, pero no era para mirarse ningún ombligo –ya como elaboración de un luto por la derrota de la guerra civil, ya como elevación mítica del futuro usurpado, ya como resentimiento por la marginación de lo hispánico en el nuevo concierto internacional–, sino, más bien, para hacer de esa «situación» una suerte de mirador sobre el difícil trance de aquel mundo en crisis que se ofrecía como presente. «*Realidad* se llama esta publicación, porque intenta atender –desde nuestro mirador argentino y con contribución de muchas mentes vueltas hacia el enigma de nuestro tiempo– a la vasta realidad contemporánea, a la que somos nosotros, a la total en la que deseamos insertar cada vez más nuestra presencia patente y operante». Era, en verdad, un mirador sobre el mundo, y desde él, por él y en él, albergada en su mirada como constitutivo esencial, se levantaba, con nueva modulación y renovado impulso, la «perspectiva hispánica». No se trataba sólo de ver, de hacer más amplia y más completa la visión, sino, sobre todo, de mirar, de proyectar en la visión una mirada sobre el mundo, una forma, un modo y una manera alternativos a lo que se iba imponiendo en el tiempo en curso como dominante. Frente a los dos absolutos salidos vencedores en la última contienda mundial, la revista, libre en su denuncia de ambos órdenes, alza una voz no alineada que, a sabiendas de ir contracorriente, busca abrir una brecha en la nueva opacidad del mundo. Y no renuncia a transitar la vía del fracaso, pues, en fondo, la lúcida responsabilidad de Ayala y Luzuriaga a nadie llamaba a engaños: el mundo iba hacia la guerra fría y nada ni nadie parecía poder alterar el curso de aquella deriva, pero sí cabía, en cambio, construir un lugar de resistencia. Eso, entre otras cosas, fue *Realidad*, un lugar de resistencia intelectual ante el pensamiento único –unidimensional se decía entonces–, y, de consecuencia, un lugar de resistencia ética y cívica frente a los nuevos poderes del mundo globalizado. Un ejercicio de libertad en un mundo que progresivamente la perdía. Y si bien es cierto que su incidencia en el inmediato devenir del mundo fue escasa, no deja de ser menos cierto que el haber dado voz a lo posible alternativo era entonces y sigue siendo ahora una forma de mejorar el mundo. El de antes y el de ahora. Porque la «actualidad» que encierran las páginas de la revista es algo que salta inmediatamente a la vista de quien tenga la curiosidad de acercarse a su efectiva realidad textual. Fue para ayer, desde luego, pero vale también para hoy y tal vez para mañana.

«Le hemos puesto como subtítulo *Revista de Ideas* –se lee en el editorial ya citado que abre el primer número–, porque en cuanto pensamiento y por el pensamiento

interviene en lo real el escritor. Todo hecho humano, o se constituye sobre un armazón de ideas, o las tiene como ingrediente; todo hecho natural o humano se conoce, se juzga y se modifica mediante las ideas. Hechos e ideas componen la maraña de lo real, sin excluir la idealidad que es ansia y prefiguración de lo futuro. La vida humana, como dijo un sumo poeta de realidades, está tejida “con la misma trama de nuestros sueños”. En este amplio sentido ponemos en nuestra portada *realidad* –síntesis del hecho y de la idea–, e *ideas* –suma del pensamiento y del ideal». Es, pues, como se ve, todo un programa de acción sobre el mundo. «Nuestra cultura –la vieja e ilustre cultura de Occidente– ha llegado hoy a una situación excepcional. Por una parte, atraviesa formidable crisis; por otra, se halla en la obligación de proporcionar al mundo entero –ya no exclusivamente a lo que era hasta ahora su propio ámbito– un programa completo de vida y pensamiento, porque el proceso de unificación mundial que venía avanzando desde hace tiempo se ha acelerado prodigiosamente en los últimos años, por razones y en maneras tan varias como bien conocidas, haciendo de todo el planeta una sola unidad». Esta consciencia y esta atención a la tendencia y al hecho de lo que después hemos dado en llamar globalización hacen de *Realidad* un documento pionero, y por ello imprescindible, en el análisis de la forma –interna y externa– de nuestro mundo contemporáneo. Predominan en la revista la calidad de las colaboraciones y la finura de los análisis, y, sobre todo, un compromiso de escritura que, desde la defensa crítica de los valores de la cultura occidental, se abre a la configuración de un nuevo sistema de relaciones entre las distintas culturas y dominios del mundo. La fuerza de Occidente debía residir en la capacidad sugestiva de su propuesta para habitar el futuro del planeta: «Una cultura no se impone a quienes no la tengan por propia; únicamente es legítimo proponerla. Y la aceptación dependerá de que la propuesta resulte satisfactoria en sus bases y como programa». ¿No parece para hoy mismo esto que ayer se decía?

Se engañará el lector si piensa que la importancia de *Realidad* reside en ser fiel testigo de su tiempo, en ofrecer una radiografía más o menos precisa de un pasado reciente cuyo mejor conocimiento permite una mejor y más adecuada comprensión de nuestro mundo. Aunque mucho, no basta para dar plena cuenta de su realidad efectiva: *Realidad* no es sólo una voz que habla desde ayer e ilumina el cauce temporal que llega a nuestro presente, sino, además, acaso sobre todo, una voz que desde aquel ayer sigue hablando a nuestro presente y haciéndose actual en la lectura circunstancial de nuestros días. Mérito de los colaboradores, claro está, pero mérito, sobre todo, de quienes supieron organizar la revista y hacer de ella una auténtica plataforma intelectual por la que la «perspectiva hispánica» salía al mundo a decir su verdad.

Mucho podría decirse aún de lo que fue *Realidad*, de su empeño en contrastar la apropiación de la historia y de la cultura españolas por parte del franquismo, sin quedar por ello atrapada en la dialéctica perversa de la oposición al régimen; de su crítica a las nuevas formas de totalitarismo desplegadas en la sociedad de masas y de su constante interrogación por el papel de los intelectuales; de sus esfuerzos por conjugar el inmediato contexto cultural argentino con la exigencia intelectual de elaborar un discurso hispánico de alcance mundial, etc.; pero acaso valga la pena en esta sede reclamar su raigambre orteguiana y su aire de familia con *Revista de Occidente*. Es así, en efecto, y basta poco para comprobarlo. Basta acercarse a sus páginas y a su espíritu. En verdad, tiene muy poco de extraño, pues tanto Ayala como Luzuriaga, aunque en fases distintas, estuvieron muy vinculados a aquel orteguismo que plasmó lo mejor de la cultura española en los veinte años que precedieron a la guerra civil: Lorenzo Luzuriaga, en aquella primera fase de despliegue del orteguismo que fue la Liga de Educación Política Española, y Francisco Ayala, en la segunda mitad de los años 20 y primeros años 30, en lo que era precisamente el ámbito intelectual de *Revista de*

Occidente. No tiene, pues, nada de extraño la raigambre orteguiana de *Realidad*, pues, en fondo, de allí venían sus principales responsables. A ello hay que añadir, además, el fuerte vínculo intelectual que unía la «filosofía de la persona» desarrollada por Francisco Romero con el pensamiento orteguiano (nótese, en este sentido, que Romero publicaría en 1960 un libro de título inequívoco: *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura intelectual*).

Realidad fue una de las mejores revistas generadas en los distintos entornos del exilio español de la guerra civil, acaso, precisamente, porque supo desvincularse de lo que en el exilio tira siempre hacia atrás, y, de consecuencia, pudo ofrecer siempre una mirada hacia adelante. El final de la segunda guerra mundial había puesto fin a las esperanzas de una pronta restauración del orden democrático en España. Ahora, y en adelante, sólo quedaba el exilio. En ese punto de inflexión de la conciencia exiliada nace *Realidad*. Nada se concede a la nostalgia y todo se pone, en aquel mirador argentino, a la inteligencia del nuevo mundo que iba saliendo de las ruinas.

Y ahora sí que se puede ya responder a aquella pregunta que se hacía Francisco Ayala en el título de un ensayo suyo de 1949, «¿Para quién escribimos nosotros?», donde el nosotros de la pregunta se refería, claro está, a los exiliados españoles de la guerra civil, una pregunta que animó como pocas el debate interno de aquella intelectualidad en exilio, y sirvió, también como pocas, a tender desde el exilio los primeros puentes hacia los intelectuales que vivían en la España de Franco. ¿Que para quién escribían? A la luz de lo escrito –no cabe duda– escribían para nosotros.

Francisco José Martín

Publicado en:
Revista de Occidente, 329
(octubre de 2008)